

del corazon el brio soberano,
la mano entera le llevò siniestra
un impío arcabuz mahometano:
mas basta á tal varon la mano diestra
á hacer eterno el nombre castellano,
y sobra á España su inmortal memoria
para nunca envidiar agena gloria!

Otros muchos en fin, allí lidiaron,
y á inauditas hazañas cima dieron,
y á sus heróicas patrias conquistaron
láuros que con su sangre allí crecieron:
muchos, muriendo, el triunfo allí alcanzaron,
otros, menos felices, no murieron,
mas guardará la historia en sus anales
sus nombres y sus hechos inmortales.

¿Quién tan osado que pintar presume
aquel sublime horror siempre creciente?
El vapor de la sangre, espesa bruma
forma en torno á la turba combatiente;
brotada del mar enrojecida espuma
cual si fuese de sangre un lago hirviente,
é inmenso sube á la region vacía
aterrador lamento de agonía!

No hay tréguua ni perdon: crudos pelean
en los puentes, de sangre espesos rios;
y rotas las espadas se golpean
con los pomos informes: los impios,
aun fluctuando en las olas, forcejean
por dar muerte al contrario, y ya sin brios
ronco grito de triunfo dan al viento,
y se hunden en el vórtice sangriento!

El ángel de la muerte amedrentado
de su propio furor, trémulo ruje,
y huyendo del conflicto, apresurado
tiende las alas con violento empuje:
Párase un punto el viento conturbado,
harto de sangre el mar tremendo muge,
y el mismo sol abrevia su carrera
su luz negando á lid tan carnífera.

Mas rota ya del turco la pujanza
surca los mares en veloz huida,
y se pierde en remota lontananza
parte de sus bajeles reducida:
el triunfo que soñó nuestra esperanza
logrado en fin, con voz enardecida,
himno al Señor de gratitud resuena,
que el mar conturba y los espacios llena!....

JOSE HEMBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Las mugeres de los Estados Unidos.

La gloria y la fama adquirida por Walter Scot han escitado la emulacion de muchos escritores que han intentado imitarle; pero hasta ahora solo uno es el que si no ha llegado á superarle, por lo menos le ha igualado, y este es el anglo-americano Fenimore Cooper. Ademas de sus novelas, tan conocidas ya como las de su modelo, ha publicado Cooper varias cartas acerca de las costumbres é instituciones de los Estados-Unidos, y una de las mas interesantes es la que trata de las mugeres de aquel pais, suponiendo que la escribe un extranjero que está viajando por él.

Las mugeres, dice, de esta tierra, son hermosas, pues reunen mas que en otra alguna á la regularidad de las facciones la elegancia de las formas. Lo que las distingue sobre todo es cierta delicadeza mugeril en su talle, en su continente y en su voz. En los estados del Norte, del Este y del centro, que contienen mas de la mitad de la poblacion del pais, las mugeres son por la mayor parte rubias; sin embargo no deja de haber algunas trigueñas que se aprecian tanto como las rubias en Francia, especialmente si tienen los ojos negros. En una palabra, no es posible hallar cosa mas seductora que una muchacha americana de 15 á 18 años. Hay en la figura de su tez, en la soltura de su talle y en su inocente expresion, cierto encanto que arrebatada. Creo que tambien en las inglesas se suelen encontrar semejantes atractivos; pero son mas comunes aqui que en Inglaterra. Oí decir que las mugeres se marchitan en estos paises mas presto que en los paises septentrionales de Europa, y yo desde luego me incliné á creerlo; pero he visto despues que esta opinion no es tan fundada como se quiere suponer.

La mayor parte de las mugeres se casan antes de los 20 años, y muchas hay que ya son madres á los 16, 17 y 18. Casi todas crian á sus hijos, y es mas comun ver familias de ocho y diez muchachos que de dos ó tres. En los Estados-Unidos las mugeres no están formadas tan presto como en Francia y España, pero la abundancia

cia que hay de ollas, ha introducido la costumbre de esos casamientos prematuros, que deterioran la salud de las mugeres y destruyen su hermosura. A esta causa que influye mas de lo que parece, es necesario añadir, que no solo las mugeres envejecen mas presto, sino que las costumbres del pais se oponen en cierto modo á que traten de ocultar los estragos del tiempo; asi es, que el colorete tan usado en otras partes para mengua de las mugeres y perjuicio de su salud, está allí tan mal visto, que ninguna se atreveria á confesar que lo emplea.

La frescura y hermoso color de las jóvenes de este pais, son tales que al principio celebré la habilidad con que se pintaban; pero un amigo me aseguró que estaba equivocado: convino en que quizás alguna secretamente haria uso del colorete; pero no podia sospechar de ninguna de cuantas conociamos; y muchas personas me han afirmado que cuando en los Estados-Unidos una muger se pinta, se forma muy mal concepto de ella, y esta opinion me parece fundada. Allí desde el momento en que una muchacha se casa ya no piensa sino en agradar á su marido, y encuentra tal felicidad en la union conyugal, que desprecia y le ofenden las lisonjas de los aduladores. A mi me parece natural que una muger que se contenta con el amor de su marido, mire con indiferencia y aun con fastidio los obsequios de los domas. (1)

Rara vez se vé en los Estados-Unidos sobresalir una muger casada ni en bailes ni en

saraos: allí acuden solo para estar á la vista de la juventud y contenerla en los límites de la moderacion, pero jamás para hacer el primer papel. Piensan que las diversiones bulliciosas son para la joven que no tiene sobre sí el penoso cargo de una familia, y que en la aurora de su vida ha de buscar un compañero que la acompañe en ella hasta su término.

Como yo me he criado con cierta separacion respetuosa de las mugeres, estrañé sobremanera la libertad que reina allí entre la juventud de los dos séxos, sin que jamás resulten consecuencias desagradables. He encontrado en Europa muchas personas que no creen, ó aparentan no creer, que exista esta supuesta inocencia, y cuando les he preguntado la razon de su incredulidad, me han contestado francamente, que no podian suponer una virtud, de que ellos no se creian capaces, pero esto es como si dijesen que no puede existir en América un gobierno justo, porque no puede existir en Turquía con las costumbres y usos de los turcos. Yo no dudo que alguna vez en América se falte á la confianza de los padres, lo mismo que se engaña en Europa su vigilancia; pero la buena crianza y la delicadeza de los americanos en un punto en que se interesa tanto su felicidad, hacen que semejante libertad no tenga grandes inconvenientes, pues nadie puede dudar del teson con que los hombres pedirian satisfaccion de un agravio que hiriera profundamente su orgullo. Los desafios en los Estados-Unidos no son tan frecuentes como en Europa, pero tienen consecuencias mas fatales. En otra ocasion puedo que hablemos de este uso, y entraremos en algunos pormenores acerca de sus causas y sus efectos: pero repito, que no es de suponer que en un pais de gente sensata y muy delicada en materia de honor, un padre ó un hermano deje tranquilamente sus hijas y sus hermanas espuestas á un riesgo, cuya estension no conocen; y el mal, si existiese, traeria sin duda alguna modificacion en las costumbres. Una de las causas principales que impiden el abuso de esta libertad, es que allí no hay ociosos de ninguna clase que traten de pasar el tiempo en los excesos del libertinage; tambien debe atribuirse á ciertos principios de virtud, defendidos generalmente con la edu-

(1) *Ni en Inglaterra, ni en Francia, ni en Italia, ni en parte alguna del mundo civilizado, se tolera la costumbre de requebrar por las callas á todas las mugeres de cualquiera clase que sean, como suelen hacerlo aqui algunos ociosos; los cuales puestos en un punto de tránsito, dicen lo que se les viene á la boca á cuantas mugeres pasan, y no es poco cuando no llega á ser una obscenidad ó una insolencia. En otro pais se miraria este descaro como un insulto, porque se supone que á una muger honrada no puede agradarle el que un hombre se atreva á decirle lo que repugna al pudor, á la decencia y la civilizacion.*

cacion en todas las clases, los cuales impiden que el vicio eche raíces.

Tu querrás sin duda que yo entre en mas pormenores acerca de la libertad que reina entre la juventud de ambos séxos, y voy á satisfacer tu curiosidad con el auxilio de un amigo que está muy bien informado. No ignoras que las costumbres de una nacion están mas ó menos modificadas en las diferentes clases que la componen. En las familias que forma aquí aquella porción que llaman distinguida, los jóvenes gozan de tanta libertad como en Inglaterra; pero con la diferencia que estando aquí menos desniveladas las condiciones, es mas fácil combinar las que se llaman *conveniencias* en los casamientos. Una muchacha americana baila, habla, se rie en un estrado con tanta indiferencia como en el cuarto de su madre: los jóvenes se acercan, la rodean, procuran divertirla y agradarla, y á la verdad que la tentacion es grande para el que jamás se ha visto en semejante situacion: pero para comprender bien los inconvenientes y las ventajas de semejante familiaridad, es necesario conocer el tono de las conversaciones entre las personas de los dos séxos.

De ningun modo está admitido el lenguaje de la galantería; una muger casada le miraría como un insulto, y una muchacha se burlaría de él. Allí la muger que le escucha vacila en su virtud, y una jóven para darle crédito es necesario que encuentre en él toda la apariencia de la sinceridad, y aun en este caso corre riesgo de ser puesto en ridículo y despachado el que le usare, á menos que no apoye sus elegios con el ofrecimiento de su mano. No diré yo que no se escape tal vez algun chiste inocente: pero en cuanto una americana cree herido en lo mas mínimo su decoro, toma un tono grave que impone, y deja cortado al mas atrevido: ya ves que este modo muy sabio de ver las cosas, remedia en gran parte los inconvenientes que podia tener el trato franco, entre la juventud de ambos séxos. Cuando un jóven ha hecho su eleccion, busca el modo de granjearse el corazon de su querida con respeto, atenciones y miramientos: estos enjendrán el amor, y en este pais, del amor resulta casi siempre un casamiento, porque rara vez el amor verdadero se vale del lengua-

ge de la galantería, que solo emplean para sus fines los falsos amantes: apenas sabe expresar la boca sus emociones.

Tú sabes que en Inglaterra la conversacion entre un hombre y una muger es mas reservada y circunspecta que en ninguna de las naciones del continente; pero como cada pueblo prefiere sus usos á los demás, al paso que una inglesa censura la familiaridad de las francesas que todo lo hablan sin reserva alguna; estas á su vez ridiculizan la circunspeccion y gazmoñeria de las inglesas. Es difícil decidir entre dos rivales, que por su estilo cada uno tiene igual mérito. Los ingleses, explican esta particularidad de su caracter de un modo que me parece fundado, pues dicen que esa gran circunspeccion de las inglesas, que tiene visos de timidez, dimana de su posicion insular; por esta razon queda refutado por el hecho mismo de ser las americanas de todas clases todavia mas reservadas y modestas que las del país de que son oriundas. Las mugeres en América se hallan bien con semejante reserva porque están acostumbradas á ella. A los que han viajado por Europa les incomoda, y la censuran por fastidiosa; pero el amigo de que he hablado, que conoce bien las costumbres de los dos continentes, la aprueba mucho, y la considera como uno de los mayores atractivos del bello sexo.

Dice que en América la influencia de las mugeres es mayor y mas respetada que en otras partes, y lo atribuye á que allí las mugeres se dan mas á respetar, sin salir nunca de los limites que le prescribe su obligacion, y conservando siempre aquella modestia y pudor que son las prendas seductoras que mas realzan al bello sexo. Con tan atractivas cualidades gobiernan y mandan al mismo tiempo que se muestran sumisas y obedientes (1).

(1) Asi el célebre Metastasio hablando de esta especie de sumision de las mugeres dice:

*Del destin non vi lagnate
Se vi fece á noi soggette;
Siete serve, ma regnate
Nella vostra servitù.*

*No os quejeis si sometidas
El destino os hizo al hombre;
Aunque siervas, con imperio
Dominais en todo el orbe.*

Nadie que viaje por este país puede dejar de admirarse al ver la decencia y la noble circunspección de las mugeres, como también el respeto con que las tratan los hombres y la generosa protección que les franquean.

Con estas restricciones, que no es posible violar sin escándalo, cualquiera puede hacerse cargo de que la libertad que reina en la juventud de ambos sexos, casi no presenta inconveniente alguno. Sin embargo, las personas de una clase superior, las cuales de resultas de su mal casamiento tendrían que perder más que las de una esfera menos elevada, son mucho más rígidas en la observancia de ciertos miramientos; y así, una señorita jamás se presenta en ningún pasco, teatro ni baile, sin que la acompañe su padre, un hermano suyo ó una señora de respeto: jamás se deja ver con un hombre solo en parage que no sea muy concurrido, y esto muy rara vez, y solo con ciertas circunstancias particulares: en fin, siempre se conduce con la mayor reserva sin creer, sin embargo, que tenga que desconfiar de los hombres. En las clases inferiores hay algo menos de severidad en estos puntos por la razón que he indicado.

Antes de concluir esta larga carta voy á hablarte de otro uso que acabará de darte una idea de la sencillez de las costumbres de este país. Se opone á la delicadeza de los anglo-americanos el ver una muger en contacto con todo el mundo de cualquiera manera que sea. Una muger, por ejemplo, que no sea de la clase común, no se ocupa en negociaciones ó tratos, para los cuales sea necesario viajar. Y así cuando tiene que emprender algún viaje, la primera cosa que hace, es buscar á una persona que la acompañe. Una cosa que en Francia parecería ridícula, y que aquí es muy común, es ver á un marido ó á un hermano reclamar para su muger ó su hermana la asistencia de un amigo que tiene que hacer el mismo viaje. Todo el mundo se presta con gusto á este encargo; y no hay ejemplo de que se abuse de semejante confianza. Ya ves que las mismas acciones que causarían escándalo en Europa, lo evitan en América, porque aquí los hombres tienen costumbres y buenos sentimientos &c.

Consejos á un marino.

ROMANCE.

Marcha en tu buque, marino,
abandona la bahía,
y embocando algun estrecho
sin navegar de botina,
busca una bella goleta
con su buena trinquetilla,
y al instante dale caza
por esas mares tranquilas:
colócate en una cofa,
y ompuñando la bocina,
puedes decirlo que gustas
de sus palos y relingas,
que su popa bien te agrada,
y su prova te aniquila,
que te seduce el bauprés
y sus muras son divinas,
que el balance te marea
por ser cortante su quilla,
que es por demas andadora
y que son fuertes sus drizas.

Si entónces cambia de rumbo,
y á la capa se va lista,
y sin seguir en tus aguas
se dirige á las Antillas,
pondrás la gento en las vergas,
ó siguiéndolo la pista
le darás una andanada;
pero, qué digo..... mentira,
debes irto al abordage,
y por dar muestras de vida,
debes coger el timon
de la hermosa goletilla,
debes tenderte en cubierta
y si de babor se inclina,
no temas ningun naufragio,
sin cesar, navega millas;

y gozarás placentero
de las venturas *marítimas*
aunque el *cáris* se *encapote*,
ofuscándote la vista,
y la *mar* se ponga *gruesa*,
pues si las *velas* se *rifan*,
bien podrás á *palo seco*
disfrutar de mil delicias,
si mandas la *maniobra*
de la bella *goletilla*.

E. DE M. Y R.

San-Fernando 25 de junio de 1851.

Una orgía.

EL LOR BYRON EN VENECIA.

«Tratábamos, amigos, de la inmortalidad del alma. ¿Es una verdad de sentimiento ó una verdad de razon? Es preciso saberlo, y para ello bebamos.

—Es una verdad de sentimiento.

—Peters, destapa esa botella de Champaña y dinos si sientes tu alma en alguna parto.

—Con el respeto que os debo, señor, no.

—Pues bien, llama á mi palafrenero, á mi cochero, á mis criados y pregúntales á todos si saben dónde tienen su alma.

—Es inútil, Byron. Será, si quereis, una verdad de razon.

—¿De razon? Por san Jorge! estaré loco, pero no creo en ella. Escuchad, amigos, esta es una disputa frívola. Creemos todos en un alma, como creemos en la Providencia, cuando no tenemos un cuarto. Cuando poseo mil guineas, soy ateo, bebo; cuando no tengo mas que quinientas, soy birronista, discuto y dudo; cuando solo me quedan ciento, soy deista, creo; en fin, cuando he gastado la

última soy religioso, ruego y amo, porque es necesario tener un alma profundamente religiosa para amar. Todo es religion en el amor, y ademas ella misma es su manantial. Amad á una española y escuchad una misa de difuntos; vereis sus hermosos ojos negros seguiros al traves de los pilares de una catedral, y mirad debilitadas por el incienso las pálidas luces que bañan con su sombrío resplandor la imagen de la virgen; tomad la linda mano de la castellana, ó mojad vuestros dedos en la pila de mármol del agua bendita; ahogadla en vuestros brazos con sus lágrimas, sus gritos y su mantilla recogida, ó abismaos en un éstasis cuando el sacerdote eleva la hostia en el momento de consagrar; y despues preguntad á vuestro corazon la diferencia que experimenta entre estas distintas emociones. Y así, amigos, rogar es amar: beber tambien es amar. En todas partes se hallan la religion y el amor. Vamos, os invito á todos á que bebais en esta copa.

Homero os hubiera dicho: «Agathos la habia adquirido de Osmindas; Osmindas la habia ganado de Triptolemo en los juegos del Disco; Triptolemo la habia recibido de Júpiter.» Yo os digo: está llena de vino de Canarias. Bebed!

—Byron, estais loco! ¿qué idea ha sido la de engarzar en oro esa copa de marfil y haberla puesto por pie ese esqueleto, cuyos ojos huecos nos hacen burla, cuya boca parece que bebo con nosotros! Byron, sois egipcio, y quereis hacer pagar á vuestros alegres amigos su escote con la tristeza?.. Ya está con su fiebre y su melancolia: Peters, llevaos esa copa.

—Dejadla.... voy á contaros la historia de esa copa. Un dia encontré á una muger en

una casa de juego; tenia una sociedad de pillos, banqueros, miembros del parlamento, hijos de lores, duques y condes. En su casa, el mismo Sardanápalo se hubiera avergonzado; pero ¡viva Jorge! en ella se gozaba mas libertad que en un palacio, señores: en ella no se medían el vino, la decencia ni el placer: en ella habia mugeres que nos embriagaban sin hacernos caer, á nosotros, gentiles-hombres. Si hubiéseis visto la mia; tomaba tabaco como Southey el poeta, y fumaba cigarrillos como un andaluz. Pobre muger! la he amado....

Oh! ya sabeis, señores, que he recorrido todo el mundo; he aspirado las rosas de Madrid, las pálidas anémonas de Portugal, los lirios de Francia. Hablemos sin mentir: he amado las mugeres lindas de todas las naciones; ha habido algunas que para verme á mí, á Byron, han escalado de noche las paredes de un convento: otras que por amor se han ahogado en el mar; otras que se han ido consumiendo sin decir el secreto de su mal. He reido como un loco; porque despues de una, otra; el sol hace esto mismo con las flores: un dia les dá color, las abre; al siguiente las abrasa.

«Pero ella con su depravacion y sus cartas, y sus dedos cargados de diamantes, y su conversacion cínica, y su embriaguez, y su marido que le daba de golpes, no se borra un instante de mi imaginacion, y os diré por qué la amaba tanto.

«Porque tenia un marido á quien envenenó por mí; un hombre, jóven aun, y hermoso timbalero en el *Royal-Cumberland*. Su crimen la llevó al cadalso. Ya veis que fui la causa de su muerte; ah! dejadme llorar á la muger del timbalero!

—Pero, Byron, de la historia de la copa,

habeis pasado al recuerdo de una ramera, que no es ya mas que polvo!

—Polvo! en presencia de la muerte, al acordarme de una pérdida tan grande, no soy materialista, señores. Creo en la inmortalidad del alma, en la resurreccion de la carne, en la remision de los pecados, en la vida eterna.

—Tendreis razon, Byron; pero no lloreis con tanto calor un dia de embriaguez.

—Que no llore! No sabeis que la noche de su ejecucion, me acerqué á ella, le corté la cabeza y mandé hervir esta cabeza. No me la comí, creedlo! La despojé de los cabellos y de la carne, y cuando estuvo pulida por la mano de un artista, un joyero de Milan, me la engastó en forma de copa.

—Gran Dios; Byron, nos habeis hecho beber en el cráneo de vuestra querida!»

Y Byron cayó en la embriaguez como muerto debajo de la mesa.

Miscelánea.

NOTABLE JUGADOR DE AJEDREZ.—He aquí un hecho que prueba la originalidad de las costumbres británicas, y el verdadero amor que tienen los ingleses por el juego de ajedrez. Hacia fin del año 1848, el capitán Thomas que habia empezado, hacia seis meses, un gran partido de ajedrez en el club real de Londres con M. Williamson, recibió la orden de marchar para el cabo de Buena-Esperanza, donde se hallaba su regimiento. Los dos adversarios convinieron, al separarse, que terminarian por correspondencia su partido, cuya apuesta era de 500 guineas. Así hicieron muchas jugadas, pero el capitán Thomas, herido gravemente en una escaramuza contra los cáfres, murió, dos meses despues de su herida, en el hospital militar de Cape-Town. Antes de morir, habia redactado una memo-

ria, en la cual, combinando todas las jugadas probables ó posibles de su adversario, terminaba el partido empezado, encargarlo en su testamento, á uno de sus colegas en el club real, para que le reemplazara y jugase al tenor de sus prescripciones. M. Williamson ha aceptado lealmente esas condiciones, y despues de una lucha que ha durado tres meses, entre él y el ejecutor testamentario del capitán Thomas, y que ha interesado á todos los aficionados de Londres, este último ha sido declarado vencedor. Este hecho se ha mirado como uno de los mas raros y curiosos que se pueden presentar.

ANECDOTA.—En Chalons (Francia) vivia vecindada doña Martina Sultermin, señora de extraordinaria hermosura, quedó muy joven viuda, rica y de circunstancias. Entre varios caballeros que aspiraban á su mano, se señalaban por su asiduidad y empeño don Carlos de Salemi y don Esteban Stallo, militares de alta graduacion y nacimiento. Apesar de haber trascurrido largo tiempo, no habia dado pruebas doña Martina de preferencia alguna á ninguno de sus pretendientes. El dia 15 de setiembre de 1826 concurrieron á un convite en donde sus aspirantes se esforzaron á obsequiarla. Acalorados uno y otro por su pasion, y avivada esta por los licores, insensiblemente se enzarzaron, concluyendo por desafiarse para el siguiente dia, y convinieron en que ademas de sus agravios, la espada decidiria sobre la posesion de la mano del objeto adorado.

Concurrieron muy puntuales á la hora y lugar señalado; mas antes de dar principio á batirse, don Carlos creyó oportuno informar á su antagonista de ciertas circunstancias que concurrían en doña Martina, las que habian llegado á su noticia por el conducto de varios amigos. Instruidos los testigos trataron de cortar el lance, fundándose en que ha-

biendo variado las causales, el caso era todo otro, y debia darse el desafio por concluido: sin embargo, convinieron en que estaba comprometido el honor y debían batirse. Antes de empezar el combate, don Carlos hizo el solemne juramento de que si mataba á su adversario, con la misma espada mitaria á la causante, vengando de este modo la muerte de su amigo. Se batien, y al fin cayó muerto don Esteban. En el acto desapareció don Carlos, poniéndose por medio de la fuga al abrigo de la venganza de las leyes. Doña Martina corrió su casa, y guardó un luto riguroso hasta el aniversario de la ocurrencia: pero al llegar este dia dió un espléndido banquete, al que asistieron muchas gentes de su parentesco y amistad. Todo fué satisfaccion y alegría; despues de la comida se dió principio al baile. Presidia esta fiesta la misma doña Martina, cuya hermosura relevaba en mucho la brillantez de esta funcion. En este estado se presentó un hombre envuelto en una capa; entró, se acercó á doña Martina, dijola bajo algunas palabras, y la infeliz cayó muerta inundada en sangre. El asesino dejó caer su capa, y probó ser don Carlos, diciendo: «*Esta es la espada con que di muerte á mi amigo: con ella misma arranco la vida á la que fué la causa.*»—Se sentó con calma: mandó retirasen el cadáver y avisaron á la justicia, la que no tardó en presentarse. Pronto la causa fué sentenciada, y don Carlos pagó en un patíbulo su cruel venganza.

CADIZ: 1851.

IMPRESA DE D. FRANCISCO PANTOJA,
calle del Laurel, n.º 129.